# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NUM. 13705

**SUSCRICIÓN**

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—El correspondiente á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

JUEVES 1.° DE AGOSTO DE 1907

**ANUNCIOS**

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: *Mr. A. Lorette*, 14, rue Rougemont; *Mr. J. Jence*, 31, Faubourg-Montmartre.



*Consulta Ginecológica*
*del*
*Doctor M. Candela*
*Catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.*
*Todos los días de 11 á 1 en el*
**Sanatorio Oliva**


## La enseñanza

La Pedagogía, como todo, se transforma y progresa; llegando á dos consecuencias en el estudio de la acción educativa ó instructiva para la formación del carácter, y sin la importancia de estos dos elementos y la conveniencia de que se ejerzan unidos.

El sistema de enseñanza oficial en la forma que actualmente tiene se está reconociendo que es incompatible con el modo de ser de los nuevos funcionarios que ante todo piden luz y verdad.

En Francia, Alemania, Bélgica, Suecia, Noruega, etc., se ha tratado de obviar esos inconvenientes organizando la enseñanza de modo que la instrucción pueda ejercerse al mismo tiempo que la educación.

La primera consecuencia de la necesidad de la unidad en la acción educativa é instructiva, es el ser imprescindible que un mismo organismo ejerza dos acciones que en el sistema corriente se hallan encomendadas á la Escuela y á la Familia.

El defecto principal de esta dualidad, la Escuela y la Familia, es la contradicción posible y, aún casi necesaria, de estas dos acciones; pues, por ser imposible el levantar una barrera entre el orden de las ideas y el de los sentimientos, necesariamente origina contradicciones y aún luchas, cuyos inconvenientes saltan á la vista.

De ahí que todos los grandes pedagogos hayan puesto por modelo el sistema de las universidades inglesas, como Cambridge y Oxford, en que dicha dualidad se halla obviada por vivir los escolares en los centros docentes y en comunidad con los profesores.

Otra consecuencia menos señalada y de gran importancia es la de fijar los inconvenientes que para la formación del carácter tiene la constante variedad de profesores y el poco tiempo que por la escasa duración de los cursos están cada uno de ellos en contacto con los alumnos y los beneficios que por el contrario puede reportar el sistema opuesto.

De todo ello se deduce la necesidad de reformar los actuales métodos para que se pueda ejercer la acción educativa utilizando como factor la vida común entre profesores y alumnos, dando más extensos horizontes á la instrucción.

**Páginas literarias**

## LA ARDANTZA (1)

Antón el carpintero comprendió á escape lo que le proponía aquel buen señor.

Una lancha de unos cincuenta pies, dura como el peñascal de la costa, con poco calado, valiente como los mares del Noroeste, que salían en el invierno el murallón del puerto, ligera cuando el torso y los puños de los marinos se encorvan atrayendo el remo; una gaviota, con alas gigantescas de lona, que acosando á las olas baña la borda con espuma hirviente al empuje de la brisa.

—¡Sí! ¡Sí!... entendido—repetía el carpintero,—cosa de dos meses.

Y, efectivamente, á los pocos días la quilla de la lancha se colocaba en los astilleros de la ribera, y la sierra y las azuelas preparaban poco á poco, con el cuidado solícito que el constructor presta á la obra, de la que espera buena ganancia, los troncos que acarreaban los muchachos en carros tirados por lentos bueyes.

A los costados de la quilla se alzaron con lentitud las cuadernas, vacilantes al principio, como niños sin apoyo, sujetas por listones que indicaban las formas de la futura bonitera. Después aquel vientre contorneado, vacío, se fué llenando con las tablas domadas que ajustaban, al sostenerse las ordenadas cuadernas, rematando en el fino lanzamiento de popa.

Luego llegó el calafateo; resonaron entre las arboledas del monte y la ribera los acompasados golpes de los mazos, que empujaban al cintel, haciendo hundirse la *meena* entre las maderas. Los herrajes se pusieron de prisa. La construcción adelantaba notoriamente, por horas, y antes de haber transcurrido mes y medio del comienzo de las obras, bullía el alquitrán en las calderas, y el humo, lento, majestuoso, lamía los costados de la bonitera.

Antón miraba con aire campechano y tranquilo el baño negro que tiznaba la limpia madera, haciendo desaparecer las huellas de la clavazón, y con voz solemne, como la del artista satisfecho de su obra avisaba á los *chicos*.

—¡*Erramón, date* más aquí; tú, *Chomín*, ese *costao*!...

Para la noche quedó lista la embreadura; aún durante algún tiempo debía quedar intangible, pues el alquitrán, á modo de brillante *miscla*, no admitía tratamiento.

Ya sólo faltaba lo accesorio, cosa ligera; los tóletes, nuevos y airosos, como piezas recién salidas del torno; la pintura de dentro, con sus tonos vivos, limitados por un medio círculo de blanco...

Una mañana la *Ardantza*, empujada durante la pleamar por veinte robustos hombros, hendió con su virgen quilla las salitrosas aguas de la ría, y contoneándose como advenedizo presuntuoso, marcó las primeras huellas de su pujanza. Antón, con los brazos cruzados sobre el levantado pecho miraba complaciente su obra maestra, examinando trozo á trozo aquel conjunto de madera domada y sujeta por su trabajo á la forma regular, entrelazado por los gruesos clavos que hundió en la veteada madera el seco golpe del martillo.

***

La inmensa sábana de lona sube lentamente, adosada en un extremo á la verga, hasta elevarse como un gigante al palo de robusto pino.

La brisa penetra entre los pliegues, acariciando la vela, que pronto retendrá entre sus asperezas la sal del Océano.

La nueva embarcación tumba un momento sobre la banda al sentir el peso desconocido que hace gemir el fondo de los pasales, y tras ligero cabeceo, se endereza, arranca sobre la superficie verdosa y comienza á dejar bajo el profundo timón un blanco torbellino que, ascendiendo hasta la superficie, muere en arremolinadas burbujas.

El vigoroso branque cae á veces sobre las obscuras masas de agua, que semejan asaltar la lancha, y las dispersa, convirtiéndolas en montes de espuma.

Las olas acosan los flancos de la bonitera, é imponentes, desaparecen deslizándose, hasta perderse en la inquieta estela.

Antón, el carpintero, colocando su callosa diestra sobre los ojos, á guisa de atalayero, sigue con afán desde el muelle los movimientos y la marcha de su *Ardantza*, de su obra maestra, salida del mejor de los astilleros de la ribera.

***

Las rachas del Noroeste, allá, á más de cien millas de la costa vascongada, pasando el *Gran Canto*, son rudos empujes de la naturaleza, que gime en la inmensidad de las aguas con el furor de la desesperación.

Entre las ampolladas mares, muévense con danza macabra las lanchas pescadoras internadas en el corazón del Cantábrico, vendro del codiciado *bonilo*, y abundante también en trágicas é incesantes escenas, que se desarrollan sin más testigo que el obscuro horizonte.

La *Ardantza*, con su vela mayor rizada, húndese hasta los bancos, levantando su proa con valentía para dominar la montaña líquida que la envuelve.

Lucha, gobernada por el viejo patrón, con el ansia de la juventud, y al caer á plomo lanza columnas de agua que vuelven á unirse de nuevo á los mares, para acometer con la constancia del [illegible].

Por cada uno de los trozos que componen el fuerte armazón y las finas líneas de la bonitera parece circular la vigorosa savia del roble con que se construyó.

A cada momento la escota, atesada como un cable de acero, parece próxima á saltar; la vela, con desiguales bolsadas, empuja siempre á la embarcación hacia adelante, y la *Ardantza*, obediente al Noroeste, se arrastra entre las olas, llevando en su seno á los avezados pescadores.

Una mar enorme, que parece salir del abismo, salta por la mura inundando media lancha; sin gobierno y atravesada, su suerte es la del vencido.

La vela hínchase una vez más á la furia de la racha, y en última convulsión tumba sobre el costado, llevando consigo al casco que la mantiene.

El cielo, ennegrecido, parece adornar con su luto el cuadro funeral; los hombres gritan en [illegible] pretendiendo agarrarse á la brillante quilla de la *Ardantza*; el mar, hecha su presa, quiere consumarla, y allá, en alta mar, orlados por blanquecinas crestas, van hundiéndose uno á uno los pescadores.

***

Antón el carpintero, de pie en la atalaya, aguantando la lluvia y el viento, espera á su *Ardantza*.

Los viejos de la ribera le han asegurado que su lancha, aquella lancha fina como un cuchillo y valiente como el alma templada de sus tripulantes, no ha resistido la última *noroestada*. Y entre tanto, el constructor, incrédulo, espera aún el retorno de *su lancha* mientras las rociadas del mar embravecido traen, quizás, hasta su expresivo y curtido rostro efluvios con los últimos alientos de los desventurados náufragos de *Ardantza*.

**Ramón Echevarría.**

(1) La Viña.

## La Biblioteca Pública

### Donativo del Ministerio de Marina

Nuestro compañero el Secretario de la Junta Provincial de la Liga Marítima D. José Moncada Moreno, ha recibido, junto con una expresiva comunicación del Excmo. Sr. Ministro de Marina, varios paquetes conteniendo los volúmenes que el referido Ministerio, ha concedido por reciente Real Orden con destino á la Biblioteca Pública próxima á organizarse en nuestro Ayuntamiento.

Dicho donativo, ha sido hecho en virtud de una respetuosa instancia que por conducto de la Junta Central, elevó al Ministerio esta Junta Provincial de La Liga Marítima, por iniciativa de su secretario y deseosa de contribuir á la propaganda y difusión de los conocimientos marítimos.

Nuestro más entusiasta aplauso á la junta de referencia, por el éxito conseguido.

**Lectura para la mujer**

## Las blusas

Si nuestra graciosa deidad, no se enfadase conmigo, me permitiría hacerla un poquito de broma, recordando que no hace mucho decretó el destronamiento de las blusas, y que, á pesar de ello, las blusas siguen su marcha triunfal.

*Los muertos que vos matais, gozan de buena salud*...

Repito que no quisiera indisponerme con esa reinecilla, un *tantico* autoritoria, aunque desde hace algunos años va tornándose más y más condescendiente.

El hecho es que aunque las *toilettes* enteras, se estilan muchísimo, sobre todo para trajes de gran vestir, lo cierto es que la blusa graciosa y modesta, continúa prestándonos sus valiosos servicios.

Y si en todas las clases sociales es bonita dicha prenda, su utilidad se acentúa más, cuando se trata de la *clase media*. El aspecto general de una *toilette*, cambia radicalmente con el solo cambio de blusa. Debajo de los figaros ó de los gabancitos estilo sastre, la blusita desempeña un importante papel. Y las jóvenes pueden parecer muy bellas con blusas blancas, rosadas ó azulinas, y con un solo trajecito que tengan si cambian de blusa, parecerá que poseen varias *toilettes*.

Para asistir á los teatros, donde se luce el busto... y se arruga la falda, será siempre muy *socorrida* la blusa para las personas que no tengan grandes *medios*. Lo mismo ocurre cuando se trata de asistir á tertulias vespertinas de confianza, conciertos, conferencias, etc.

Defendamos pues las blusas; su reinado no debe terminar; no debemos dejarle que muera, porque pecaríamos de desagradecidas con quienes nos han prestado servicios valiosísimos; con quienes nos favorecen con primores y economías; con quienes facilitan la tarea de hermanar el buen parecer y el poco coste.

Sin duda convencidas de ello, las damas francesas aman y miman la blusa, y buena prueba de ello son los periódicos de modas de la vecina República, en los cuales aparecen siempre dichas prendas con profusión obteniendo una lucida alternativa con los trajes completos y lujosos.

Alegrémonos de ello y contribuyamos por nuestra parte á la continuación del éxito de las blusas.

M. de A. O.

LA VIDA MILITAR EN PRUSIA 64

tico con el uniforme azul de los inválidos y rostro contraído constantemente por maligna sonrisa. Llevaba á la cabeza un gorro blanco de algodón, cuya borla estaba siempre en movimiento porque temblaba al hablar. No decía tres palabras sin toser y experimentaba inmensa alegría cuando entraba un voluntario en la prisión. Al vernos, nos saludó con estas palabras entrecortadas con estridentes risitas.

—¡Eh! ¡eh! ¡nombres nuevos! ¡nombres nuevos! ¡eh! ¡eh!—¡Cómo os vais á divertir en mi casa!—Os voy á colocar en la torre donde gimen los buhos; allá arriba se respira un aire muy fresco: ¡eh! ¡eh!...

Aseguróse de que no teníamos encima aguardiente, bebida, ni dada prohibido por el reglamento y nos hizo subir á una de las salas abovedadas de que hemos hablado; nos abrió la jaula y nos mandó entrar.

Al verla, no pudo contener esta exclamación.

—¡En esa perrera!

Ofendióse y me contestó.

—¡Eh! ¡eh! ¡eh! ¡blanquillos! ¡el blanquillos! ¡querrá estar mejor alojado que otros que valen más que él! ¡Vamos, dentro! ¡dentro!

Obedecí y corrióse los cerrojos.

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 61

Preciso fué obedecer y presentarnos al jefe del cuartel que quedó asombrado al ver nuestro equipo. Nuestra llegada produjo una revolución y todas las ventanas se llenaron de cabezas curiosas. El coronel no había dejado de jurar desde nuestra entrada en el patio hasta lo alto de la escalera. Pronto se formó la sumaria, siendo castigados á veinticuatro horas de *prisión simple*, por haber salido á la calle en traje irregular, ejecutándose inmediatamente la sentencia, á pesar de ser domingo.

El jefe del cuartel puso el parte á la prisión escribiendo en gruesos caracteres nuestros nombres. En seguida nos mandaron vestir las prendas más viejas y llevar un par de dos libras para todo el día. Esto es el único alimento, además del agua, que se calienta en el sitio á donde nos enviaban.

¡Prisión! ¡Prisión militar! ¡Oh, qué cosa tan horrible! ¡Que el hombre laborioso, cuando ha pasado un día sin trabajar, diga: «Un día perdido en mi existencia, pues, pero no he dejado de vivir al sol. Que el delincuente diga por la noche, contando una centena de pasos á la luz de la luna: «Otras veinticuatro horas inútiles y sin provecho para mí!» ¡Horrible, miserable! ¡He sido privado de la vista del cielo y respirando el aire puro! ¡No he podido [illegible] con mi mano, de la